

Luego de la bancarrota

Entrevista a Jürgen Habermas

*Traducido del alemán
por Matias Dewey para Miríada*

La locura de la privatización llegó a su fin. No el mercado, sino la política la responsable del bien común: un diálogo con el filósofo Jürgen Habermas sobre la necesidad de un orden mundial internacional.

Die Zeit: Señor Habermas, el sistema financiero internacional ha colapsado y amenaza una crisis económica mundial. ¿Qué es lo que más lo intranquiliza?

Jürgen Habermas: Lo que más me intranquiliza es la injusticia social que pone el grito en el cielo, que consiste en que los grupos sociales más vulnerables son los más afectados por la socialización de los costos del fracaso del sistema. Ahora, la masa de todos aquellos que de todos modos no pertenecen al grupo de ganadores de la globalización serán los que costearán nuevamente las consecuencias de las fallas funcionales y previsibles del sistema financiero. Y no como el accionista en valores de dinero, sino en la dura divisa de su existencia cotidiana. También a escala global se cumple este penoso destino en los países económicamente más débiles. Esto es un escándalo político. Creo que señalar con el dedo a chivos expiatorios es una hipocresía. Los especuladores se comportaron consecuentemente en el marco de las leyes según la reconocida lógica de la maximización de ganancias. La política resulta ridícula cuando ella moraliza en lugar de apoyarse en la coacción del derecho de las legislaciones. Es ella y no el capitalismo la responsable de una orientación hacia el bien común.

Zeit: Usted acaba de pronunciar clases magistrales en la universidad

de Yale. ¿Cuáles fueron para usted las imágenes más impresionantes de esta crisis?

Habermas: En las pantallas vibraba la melancolía hopperiana de un espiral sin fin de hileras de casitas en Florida y en otros lugares con el cartel "Foreclosure" en el jardín. A continuación los ómnibus con compradores curiosos provenientes de Europa y los ricos de América Latina, y luego el agente inmobiliario que les mostraba los estantes de pared destrozados por la bronca y la desesperación. Luego de mi regreso me ha sorprendido como se diferencia la atmósfera exasperante en los Estados Unidos del impasible "businnes as usual" de estas tierras. Allí se unían los grandes y reales miedos con la vibrante fase final de una campaña electoral de vastas consecuencias. A amplios estratos de votantes la crisis les agudizó la conciencia que tienen de sus intereses personales; ella forzó a la gente a adoptar decisiones no necesariamente más razonables pero sí más racionales, en todo caso si se compara con la última elección presidencial instigada ideológicamente por el 11 de septiembre. Esta coyuntura casual le dará a los Estados Unidos, tal como lo evaluó directamente antes de las elecciones, el primer presidente negro y, de ese modo, uno de los momentos históricos más profundos en la historia de su cultura política. Por otra parte, la crisis también podría anunciar en Europa un cambio en el estado de la situación política.

Zeit: ¿Qué quiere decir con eso?

Habermas: Estos cambios en la marea transforman los parámetros de la discusión pública; de este modo se desplaza el espectro de las alternativas que se tienen por posibles. Con la guerra de Corea el período del New Deal llegó a su fin, con Reagan y Thatcher y el término de la Guerra Fría el tiempo de los programas socialistas. Y así mismo hoy, junto al fin de la era Bush y la explosión de la última burbuja neoliberal se extingue también el programa de Clinton y del Nuevo Laborismo. ¿Qué viene ahora? Espero que la agenda neoliberal no sea tomada más como moneda verdadera sino que sea puesta a disposición. Todo el programa de esta desenfundada sumisión del mundo de la vida bajo los imperativos del mercado debe ser puesto en el banco de prueba.

Zeit: Para los neoliberales el Estado es sólo alguien subsidiario al

juego del campo económico. Debe hacerse pequeño. ¿Ese pensamiento se encuentra ahora desacreditado?

Habermas: Eso depende del desarrollo de la crisis, de la capacidad de percepción de los partidos políticos, de los temas públicos. En la Alemania impera todavía una calma particular. La agenda puso en evidencia que los inversores disponen de un dominio desconsiderado, la estremedora y creciente desigualdad social, el surgimiento de la precariedad, la pobreza infantil, los sueldos bajos y así se sigue asumiendo que con la ilusión privatizadora se socaven funciones esenciales del Estado, que los restos de deliberación política pública se vendan a cualquier precio a inversores financieros o que a la cultura y la educación se la haga depender de los intereses y humores de patrocinadores atentos a las coyunturas.

Zeit: Y ahora, en la crisis financiera, ¿se verán las consecuencias de la ilusión privatizadora?

Habermas: En los Estados Unidos la crisis agudiza los daños materiales, morales, sociales y culturales de una política de desestatización practicada por Bush desde la cima misma. La privatización del sistema previsional y de salud, del transporte público, del aprovisionamiento energético, del régimen penitenciario, de las funciones militares de seguridad, otros ámbitos de la formación escolar y universitaria o el entregar la infraestructura cultural de ciudades y comunidades al compromiso y generosidad de financiadores privados pertenecen a un diseño de sociedad que, en cuanto a los riesgos y efectos, congenia muy mal con los fundamentos igualitarios de un Estado de derecho democrático y social.

Zeit: Las burocracias estatales no pueden administrar de un modo rentable.

Habermas: Pero existen ámbitos vulnerables de la vida que no debemos dejar expuestos a los riesgos de la especulación de la bolsa; esto contradice el cambiar un sistema previsional a acciones. En un Estado constitucional democrático existen bienes públicos como la comunicación política no distorsionada que no deben reducirse a las expectativas de ganancia de inversores financieros. La demanda de información por parte de los ciudadanos no puede ser satisfecha a través de la madura

cultura del consumo transmitida por una televisión completamente privada.

Zeit: Para citar un libro suyo controvertido y discutido, ¿tenemos algo que ver con una “crisis de legitimación del capitalismo tardío”?

Habermas: Desde 1989/1990 no hay ningún rompimiento más proveniente del universo del capitalismo; se puede tratar de una civilización o domesticación de la dinámica capitalista interna. Ya durante el periodo posterior a la guerra, la Unión Soviética no representaba ninguna alternativa para la mayoría de la gente de izquierda de Europa occidental. Por eso en el año 1973 hablé de problemas de legitimación “en” el capitalismo. Y siguen estando, según el contexto nacional más o menos urgente, a la orden del día. Un síntoma son las exigencias de limitación de los sueldos de los gerentes o de eliminación de los *golden parachutes* (paracaídas dorados), las indecibles compensaciones y pagos de gratificaciones.

Zeit: Pero eso es política de vitrina. El año que viene hay elecciones.

Habermas: De acuerdo, se trata naturalmente de una política simbólica y se presta para distraer respecto del fracaso de los políticos y sus asesores económicos. Ellos tenían conocimiento desde hace mucho tiempo de la necesidad de regular los mercados financieros. Acabo de releer el claro artículo de Helmut Schmidt *Beaufsichtigt die neuen Großspekulanten!* [¡Vigilar a los grandes especuladores!] de febrero de 2007. Todos lo sabían. Pero en Estados Unidos y Gran Bretaña las elites políticas consideraron provechosa la especulación incontrolada en tanto todo siguiera bien. Y en el continente europeo hubo un sometimiento al consenso de Washington. Aquí también existió una gran coalición de obedientes que el Sr. Rumsfeld no necesitó ganarse.

Zeit: El consenso de Washington fue el ideario económico más conocido y de mala fama del FMI y del Banco Mundial del año 1990. Con él debió ser reformada primero América Latina y luego la otra mitad del mundo. El mensaje principal rezó: *Trickle down* [derrame]. Dejen que los ricos se hagan ricos, luego la riqueza se filtrará hacia los pobres.

Habermas: Desde hace muchos años se acumulan las pruebas empíricas de que ese pronóstico es falso. Los efectos del aumento del bienestar se distribuyen a nivel nacional y mundial tan asimétricamente que

las zonas de pobreza ganaron terreno frente a los ojos de todos nosotros.

Zeit: Para enfrentarnos un poco con el pasado: ¿porqué la riqueza está desigualmente distribuida?, ¿el fin de la amenaza comunista ha desinhibido al capitalismo occidental?

Habermas: Con el capitalismo controlado a través políticas económicas keynesianas enmarcadas en el estado nación, ese que deparó a los países de la OECD [Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico] una riqueza sin igual si se lo mira en perspectiva histórica, se estaba ya prematuramente frente al final - luego del abandono del sistema al tipo de cambio fijo y de la crisis del petróleo. La doctrina económica de la escuela de Chicago se transformó bajo las administraciones de Reagan y Thatcher en violencia práctica. Esto continuó bajo Clinton y el nuevo laborismo, pero también durante el periodo en que fue ministro nuestro joven héroe Gordon Brown. Por cierto, la caída de la Unión Soviética desencadenó en occidente un triunfalismo fatal. El sentimiento de haber tenido, mundial e históricamente, la razón ejerció un efecto muy tentador. En este caso, una doctrina económica y política se erigió en una cosmovisión que penetró en todos los ámbitos de la vida.

Zeit: El neoliberalismo es una forma de vida. ¿Todos los ciudadanos deben convertirse en empresarios y clientes?

Habermas: Y en competidores. Al más fuerte, que se impone en la libertad de la sociedad de la competencia, se le puede imputar ese éxito como una ganancia personal. Es de una enorme comicidad cómo los gerentes de la economía -y no sólo ellos- se dejan atrapar por las habladurías de la elite en nuestras ruedas de conversación; con toda seriedad se presentan como ejemplos y mentalmente dejan al resto de la sociedad tras de sí. Como si no pudieran más diferenciar entre elites funcionales y elites puntillosamente estamentales. Por favor, ¿qué debería ser ejemplar en el carácter de gente en posiciones dirigenciales? Una señal de alarma adicional fue la doctrina Bush del otoño de 2002 que preparó la invasión a Irak. El potencial de tipo socialdarwinista del fundamentalismo de mercado se desarrolló desde ese momento no sólo en la política social sino también en la política exterior.

Zeit: Pero no fue solamente Bush. A su lado se encontraba una sorprendente tropa de intelectuales influyentes.

Habermas: Y muchos no aprendieron nada. Para adelantados como Robert Kagan, luego del desastre de Irak, se acentuó todavía más claramente el pensamiento según las categorías schmittianas del lobo. Hoy él se refiere al salto regresivo de la política mundial que derivó en un forcejeo con armas atómicas y por eso altamente explosivo, comentando con la frase: “el mundo volvió a ser normal”.

Zeit: Pero volvamos una vez más al pasado: ¿qué fue lo que se descuidó luego de 1989?, ¿el capital se ha vuelto simplemente demasiado poderoso frente a la política?

Habermas: Para mi, con el correr de los años noventa llegó a ser claro que las capacidades de acción política de los mercados en el plano supranacional debían regenerarse. George Bush, el padre, hablaba programáticamente de un nuevo orden mundial y pareció querer tomar en consideración a las Naciones Unidas, por mucho tiempo bloqueadas - ¡y vilipendiadas! Y a eso le siguió un aumento brusco de las intervenciones humanitarias acodadas en el consejo de seguridad. A la pretendida globalización económica le debería haber seguido una coordinación política internacional y una juridificación de las relaciones internacionales, pero las primeras formulaciones ambivalentes quedaron estancadas con Clinton. Y justamente de este déficit venimos a tomar consciencia ahora. Desde los comienzos de la modernidad, el mercado y la política deben equilibrarse constantemente de manera que los lazos solidarios entre los miembros de una comunidad política no se desgarran. Siempre existe una tensión entre el capitalismo y la democracia existe porque el mercado y la política se basan en principios opuestos. Luego del último envión globalizante, el flujo de decisiones electivas descentralizadas y convertidas en redes complejas exige reglamentaciones que, por otra parte, no pueden existir sin una correspondiente extensión de procedimientos políticos de generalización de intereses.

Zeit: ¿El mercado disuelve la sociedad y el Estado social se encarga de suturarla nuevamente?

Habermas: El Estado social es un logro tardío y, como vemos, frágil. La expansión de los mercados y las redes de comunicación tuvieron

siempre una fuerza disolvente pero para el ciudadano ella es también y al mismo tiempo, individualizante y liberadora. Pero sobre esto tiene lugar siempre una reorganización de las antiguas relaciones solidarias en un marco institucional ampliado. Este proceso comenzó en la modernidad temprana cuando, en los nuevos Estados territoriales, los estamentos dominantes de la edad media tardía fueron progresivamente parlamentarizados, por ejemplo Inglaterra, o mediatizados a través de monarcas absolutistas, por ejemplo Francia. El proceso continuó su curso en el transcurso de las revoluciones constitucionales del siglo XVIII y del XIX y de las legislaciones del Estado social del siglo XX. Esa domesticación del Leviatán y de los antagonismos de clase no fue algo fácil. Pero por esas mismas razones funcionales, la lograda constitucionalización del Estado y la sociedad señala hoy en día que, luego del otro impulso de la globalización económica, se va en dirección a una constitucionalización del derecho popular y de la maltrecha sociedad mundial.

Zeit: ¿Qué rol juega Europa en este escenario optimista?

Habermas: Uno diferente al que desempeñó concretamente durante la crisis. No entiendo muy bien porqué se elogia el manejo de la crisis llevado a cabo por la Unión Europea. Gordon Brown pudo mover, con su memorable decisión, al ministro de finanzas norteamericano para que se de un cambio en la interpretación del trabajoso *bailout* acordado, y esto porque él buscó, a través del presidente francés y contra la resistencia inicial de Merkel y Steinbrück, a los jugadores más importantes de la eurozona. Tan sólo hay que observar detenidamente ese proceso de negociaciones y los resultados correspondientes. Fueron sin embargo los tres Estados nacionales más poderosos de la UE los que acordaron como actores soberanos el coordinar respectivamente medidas diferentes pero comúnmente orientadas. A pesar de la presencia de los señores Junker y Barroso, la realización de ese acuerdo internacional de estilo clásico tuvo poco que ver con una voluntad política conjunta de la Unión Europea. El *New York Times* registró también la incapacidad europea para una política económica conjunta con cierta sorna.

Zeit: ¿Y a que atribuye usted esa incapacidad?

Habermas: El transcurso posterior de la crisis hace patente el fracaso

so de la construcción europea: cada país reacciona con sus propias medidas de política económica. Porque las competencias en la unión, dicho de un modo simplificado, están distribuidas de tal modo que Bruselas y el Tribunal Supremo Europeo hacen prevalecer libertades económicas, mientras los costos externos que surgen a partir de ello repercuten sobre los países miembros, hoy no hay ninguna formación conjunta de voluntades. Los Estados miembros más importantes ya están hastiados respecto a la discusión sobre los fundamentos, cuánto se quiere para el Estado y cuánto para el mercado. Y entonces, cada país pone en práctica su propia política exterior y al frente va la República Federal. La república berlinesa (en el original "Berliner Republik". Aquí se alude al gobierno alemán que tiene sede en la capital, Berlín [N.del T.]), con su delicada diplomacia, olvida la doctrina que la antigua República Federal extrajo de la historia. El gobierno se inclina con agrado en el campo de acción de su política exterior ampliada desde 1989/90 y reincide en el conocido esquema de los juegos de poder entre Estados que, sin embargo, desde hace tiempo están reducidos al formato de principados con reyezuelos.

Zeit: ¿Y que deben hacer esos reyezuelos?

Habermas: ¿Usted me pregunta por mi lista de deseos? Puesto que yo sostengo que la integración gradual, según como están las cosas, es el único camino para una Unión Europea como capacidad de acción, aparece la propuesta de Sarkozy relativa a un gobierno económico de la eurozona como un punto de enlace. Esto no significa que haya que prestarse a los supuestos que están detrás o a las intenciones proteccionistas de su iniciador. Los procedimientos y los resultados políticos son dos cosas diferentes. A la "cooperación estrecha" en un espacio político y económico le debería seguir otra en materia de política exterior. Y ambas ya no podrían pactarse más sin tener en cuenta a la población.

Zeit: Eso no lo apoya ni siquiera el SPD [Partido Socialdemócrata Alemán].

Habermas: La dirección del SPD le deja pensar en esa sentido a Jürgen Rüttgers, el "líder de los trabajadores" en el Rin y el Ruhr de la Democracia Cristiana. En toda Europa los partidos socialdemócratas están con la espalda contra la pared porque en reducidas intervenciones de-

ben poner en práctica juegos de suma cero. ¿Por qué no se valen de la oportunidad de romper las jaulas del estado nación y se abren a los espacios de acción a nivel europeo? También frente a una competencia regresiva de la izquierda podrían sacar ventajas. A pesar de lo que hoy puede significar “izquierda” o “derecha”, sólo en forma conjunta los países europeos pueden conseguir peso político mundial, un peso que les conceda un razonable poder de influencia sobre la agenda de la economía mundial. De lo contrario se ponen en manos [los países de la Unión Europea] como caniches del tío Sam frente a una situación mundial tanto caótica como peligrosa.

Zeit: La palabra tío Sam. Usted debió haberse desilusionado profundamente de los Estados Unidos. Para usted los Estados Unidos fueron el caballo de tiro del nuevo orden mundial.

Habermas: ¿Qué otro remedio nos queda que estar arriba de ese caballo? Los Estados Unidos salen debilitados de esta doble crisis. Pero ellos quedan por el momento como el super-poder liberal y se encuentran en condiciones de rever desde sus fundamentos ese autoentendimiento neoconservador de bienhechor mundial paternalista. La exportación de la propia forma de vida desciende del falso universalismo centralista de los antiguos reinos. Frente a esto, la modernidad se alimenta del universalismo descentralizado del respeto igualitario hacia todos. Esta en los intereses de los Estados Unidos no sólo ceder su postura contraproducente frente a las Naciones Unidas, sino también situarse a la cabeza del movimiento de reforma. Observado históricamente, la conjunción de cuatro factores -super-poder, la más antigua democracia de la tierra, la entrada en funciones -como yo espero- de un presidente liberal y visionario, así como la cultura política- una increíble constelación. Estados Unidos está hoy en día profundamente desconcertado por el fracaso de su aventura unilateral, por la autodestrucción del neoliberalismo y por el abuso de su autoconciencia excepcionalista. ¿Porqué esa nación, como suele suceder, no debería nuevamente reanimarse e intentar integrar a tiempo en un orden internacional, que no tiene necesidad de ningún super-poder, a los grandes poderes en competencia -poderes mundiales del mañana?, ¿porqué un presidente, que sale de una elección del destino, no debería encontrar internamente un margen

de acción mínimo o al menos querer aprovechar razonablemente esa posibilidad en política exterior, esa posibilidad de la razón?

Zeit: Los así llamados realistas soltarían una silenciosa risa.

Habermas: Yo sé que hay mucho que juega en contra. El nuevo presidente norteamericano debería imponerse en su propio partido frente a las elites dependientes de Wall Street; debería abstenerse de los evidentes reflejos de un nuevo proteccionismo. Y los Estados Unidos necesitarían, para un desplazamiento de ese tipo, el amigable estímulo de un fiel y consciente compañero de alianza. Un occidente, “bipolar” en un sentido creativo, puede sólo ser posible si la Unión Europea aprende a expresarse hacia el exterior con una voz y a aprovechar el capital de confianza internacional acumulado para actuar perspicazmente. El “sí, pero” es evidente. En tiempos de crisis se necesita quizás una perspectiva algo más amplia que el consejo del Mainstream y lo pequeño de la indiferencia.

La entrevista fue realizada por Thomas Assheuer.

La presente entrevista fue publicada en Alemania por la publicación semanal *Die Zeit* el 6 de noviembre de 2008. Los derechos de traducción y publicación fueron amablemente cedidos por Jürgen Habermas, Thomas Assheuer y Die Zeit para *Miríada. Investigación en Ciencias Sociales*.